

primera, pero siempre rebotando vida joven y sana. Su boca es portentosamente singular: la tiene pequeña ¿eh? pues bien, cuando la abre para dar paso á su risa franca y argentina, que salta alegremente por sus blancos dientecitos, presta por un instante á aquella cabeza el movimiento y la gracia de una cabeza de pájaro que gorjea. Ahora da á ese conjunto lo que se llama la fisonomía; anima de todas las emociones familiares á las mujeres la cabeza que en vano te intento describir, y tendrás uno de los tipos más hermosos que ver se puedan. Para mí, era completamente nueva: me representaba una mujer de la cual, en el tocado que ostentaba, era imposible no decir: «Es una verdadera aristócrata», y que vista en el campo, con los brazos al aire, haría exclamar: «Hermosa muchacha».

IV

De modo que aquella mujer reunía los dos caracteres más opuestos, caracteres que, amalgamándose armónicamente, se completaban entre sí, pero únicamente en lo que atañe á lo hermoso y á lo puro. La duquesa, que vive en medio de la opulencia, que apenas sabe andar, cuando niña, y sea con deliberada intención de sus padres, ó por instinto, ha debido correr, como campesina, en verano por la hierba y en invierno por la nieve, y revolcarse en ellas, y de ellas tomar esa pureza de sangre, ese vigor vital capaz de desafiar todos los climas y de arrostrar todas las fatigas. Así es que cuanto más la miraba y la estudiaba, más arraigaba en mí el convencimiento de que lo que en ocasiones la impulsara á salir de la esfera en que querían sujetarla, era la exigencia de su naturaleza, la invencible necesidad de espacio, de movimiento y de libertad. Era aquella una planta demasiado vivaz para contentarse con la tibia atmósfera de un salón. Como los arbustos que rompen el granito de las peñas para ir en busca de luz, ella debió haber quebrado con impaciencia el granito social, y ahora ostentaba con toda libertad sus anchos pétalos y su odorífera eflorescencia, importándosele un comino lo que de ella decía la sociedad, pues se apoyaba en tres cosas que la hacían superior á todo: su alcurnia, su corazón y su talento. Una mujer semejante no puede decaer, haga lo que quiera, porque no hace cosa

alguna contraria á su linaje y á su origen. Diana puede convertirse, de noche, en Febé, y entregarse á Endimión tras una nube; pero de día vuelve á ser la hermosa y altiva diosa que castiga á todos los Acteones curiosos que habrán intentado sorprender los secretos de su hermosura, ya nuevamente casta y púdica. Estas eran las reflexiones que yo me hacía. Ya no cabía duda alguna, amigo mío, iba á enamorarme de aquella mujer, ante la cual permanecía mudo de lengua, pero no de ojos. La presentación, pues, se hizo como pudiera haberse hecho en los salones de un embajador, salvo las miradas confidentiales. La duquesa, á lo menos aparentemente, se tranquilizó, porque es indudable que al principio debió asustarla mi calidad de artista, como lo demostraban sus últimas vacilaciones y el negarse á recibirme en su casa; porque ya sabes tú que nosotros somos, á los ojos de las mujeres encopetadas, hombres inverosímiles, groseros, y si buenos para ser admirados, no para ser recibidos. Dícenles que apestamos á tabaco, que no vivimos más que con cortesanas, que no sabemos conversar con una mujer decente, y que nuestro talento, cuando nos le reconocen, ha brotado en nosotros por casualidad, como un melocotón sobre una ortiga. «Haga usted que le traigan, señora, dicen nuestros difamadores á las damas, la fruta en una fuente de plata, pero desista usted de ver el árbol que la produce, pues el desengaño sería terrible.» Esto es lo que les dicen á esas pobres mujeres, y de ahí que casi todas ellas queden condenadas á eso á que apellidan hombres de mundo; es triste.

—Cuando usted quiera, duquesa, dijo Vladimiro, nos sentaremos á la mesa.

—Gracias, contestó la dama, ya he almorzado; únicamente he venido para que ustedes no pereciesen de hambre, como de ello me ha amenazado usted. Almuercen ustedes, yo miraré; por otra parte, necesito marcharme temprano.

Vladimiro y yo nos sentamos á la mesa, y ella lo hizo en un sofá.

—¿Y eso? ¿adónde va usted? le preguntó el ruso.

—Aquí llevo escrito el modo cómo debo emplear el día, respondió la duquesa sacando de su bolsillo una carterita con tapas de terciopelo y mostrando algunas líneas escritas con caracteres en un todo exactos á los de la carta de marras: tengo que visitar á la embajadora de Inglaterra,

luego á la duquesa de M..., después dejar tarjeta en casa de la baronesa de F..., pues espero no encontrarla en casa, y, por último, comer con mi cuñada, lo que por cierto es poco divertido.

—¿Nada más?

—Vea usted, profirió la duquesa enseñando su libro de memorias á Vladimiro.

—Hay visitas que no se inscriben.

—Como esta, por ejemplo, porque una está segura de no olvidarlas.

—Ó que uno no esperaba hacerlas.

—Es cierto, yo no quería venir.

—¿Por qué?

—Ya se lo he escrito á usted.

De fijo que la duquesa creía á puño cerrado que yo nada sabía de la carta; de lo contrario, á menos de ser una coqueta consumada, no habría conducido tan atrevidamente la conversación á un terreno peligroso. Con todo, era muy imprudente.

—¿Está usted tranquilizada? preguntó Vladimiro á la dama mientras me designaba con la mirada.

—Todavía no lo sé.

—¿Qué! ¿nada la protege á usted?

—Nada.

—Es imposible.

—¿No me cree usted?

—Me resisto.

—Mire usted mi coche.

—¿Es el de usted el que está aguardando á la puerta? preguntó el ruso acercándose á la ventana.

—Sí.

—En esto la conozco á usted.

—¿Por qué?

—¡Hacer aguardar su coche á la puerta de mi casa!... Mañana lo sabrá todo París.

—Salgo de viaje dentro de algunos días, y, por otra parte, aquí no hago mal alguno. Pero no es eso lo que le pregunto á usted. Mire usted mi coche.

—Lo estoy mirando.

—¿De qué color son los caballos?

—Blancos.

—¿Y le parece á usted que yo llevaría caballos blancos

en mi coche si tuviese que ir de tapadillo á alguna parte?

—Puede usted ir á pie.

—Sería peor.

—Ó tomar otro coche.

—Ya sabe usted que sólo salgo en el mio. ¿Está usted convencido ahora?

—¿A ver la cartera?

—Tome usted.

—¡Ah! duquesa, duquesa, ó toma usted un secretario ó cambia de escritura.

—¿Por qué?

—Porque no hay quien descifre lo que usted escribe. Hasta ahora no conozco más que una persona que lea de corrido la escritura de usted: Jaime.

—Y es muy sencillo, como que el caballero nunca ha recibido carta mía. ¿No es esto lo que quería usted decir?

—Si uno no leyese más cartas que las que recibe...

—No le comprendo á usted.

—Pues es muy claro: la carta que me ha escrito usted esta mañana ha llegado mientras Jaime estaba aquí.

—¿Y qué?

—Que como yo no he acertado á descifrarla, él me ha prestado el favor de hacerlo.

—¿Se está usted chanceando? profirió la duquesa, más encarnada que una amapola.

—No, por mi vida, repuso Vladimiro satisfecho del buen éxito de su no mal preparada estratagema.

—¿Es verdad lo que dice Vladimiro, caballero? me preguntó la duquesa.

—Lo es, señora, y hasta puedo mostrarle su carta, respondí sacando de mi bolsillo la de aquélla.

—Lo cierto es que la ha conquistado usted en buena lid, si ha conseguido usted leerla de cabo á rabo, dijo la duquesa aceptando francamente la situación como mujer de verdadero talento.

—Por desgracia, señora, repliqué, no he podido leerla más que la mitad.

Ella, que comprendió la intención de tal mentira, repuso en el tono de una mujer familiarizada con esas pequeñas luchas:

—Démela usted, que se la lea.

Y, tomando la carta, leyó:

—«Además, he reflexionado... Ya en los umbrales de la vejez...» ¿Desde aquí es de donde no ha podido usted continuar leyendo, ¿no es eso? me preguntó la duquesa sonriendo con gesto burlón.

—Precisamente, respondí.

—Me lo temí; sin embargo, es muy fácil. Escuche usted: «Además, he reflexionado... Ya en los umbrales de la vejez, me vuelvo prudente, esto sin contar que me ha prometido usted un convidado muy peligroso para una cabeza tan poco sentada como la mía, y Dios sabe que si la perdía en casa de usted, no me enviarían á buscarla con dulces palabras. Venga usted á verme; todavía estoy sola en París para algunos días.»

Una vez hubo leído las anteriores líneas, la duquesa lanzó á Vladimiro una mirada de triunfo y me entregó la carta, que me metí otra vez en el bolsillo.

—En verdad, duquesa, dijo el ruso levantándose y poniéndose casi de rodillas ante ella, no hay dos mujeres como usted en el mundo. Deme usted la mano.

Vladimiro posó los labios en el ínfimo trozo de muñeca de la duquesa que quedaba al descubierto entre el guante y el vuelo de la manga.

En esto dieron las tres.

—¡Las tres! exclamó ella. Me voy.

Y levantándose de modo que dió á comprender que sería en vano que quisiesen detenerla, dijo en voz baja algunas palabras á Vladimiro, que contestó: «Corriente», me saludó con mucha gracia, me tendió la mano, sacó de su bolsillo un espeso velo, se lo echó sobre el sombrero sin mirarse siquiera al espejo y lo recogió sobre el rostro, y velada de esta suerte pasó por delante de nosotros, atravesó el salón y desapareció. Vladimiro y yo, por nuestra parte, apartamos un poco las cortinas de la ventana, y vimos subir á su coche á la duquesa, que nos saludó con la mano y partió al trote largo de los dos caballos blancos.

—¡Qué atolondrada! dijo el ruso soltando la cortina; ya la ha visto usted; siempre es la misma. ¡Con qué serenidad le ha leído á usted la carta! Se desvive por esas coqueterías. Quisiera que pudiese usted seguirla ahora á casa de la embajadora de Inglaterra; todas las mujeres que se encuentran allí, á su lado parecerán niñas; ninguna sabe, como ella, entrar en un salón, atravesarlo, sentarse y agrupar sin es-

fuerzo en torno de su sillón á los hombres más jóvenes, ta-lentosos y elegantes. Para compensarnos la corta visita que acaba de hacernos, nos convida á cenar esta noche á los dos. Esto es lo que me ha dicho en voz baja; vea usted hasta qué punto ha llegado ya. Vaya usted aprisa, amigo mío, vaya usted aprisa; de usted depende el hacer cambiar el color de los caballos; y esto le será á usted facilísimo, se lo aseguro; casi se lo ha dicho á usted al leerle la carta.

Yo, apenas si escuchaba á Vladimiro; sentía como necesidad de respirar el aire libre. La aparición de la duquesa había sido tan corta, tan rápido el efecto producido, que quedé como fuera de mi centro. Excuso decirte que al ruso no le hice saber de mis impresiones, y me despedí de él hasta la media noche, á cuya hora debía pasar por mi casa para acudir los dos á la cena. Una vez en la calle, la fuerza de la costumbre me puso en el camino que todos los días y en aquella hora misma seguía, y, casi sin darme cata, me encontré á la puerta de la casa de Carlota, la cual me estaba aguardando con impaciencia. Yo sentía curiosidad por verla en aquella ocasión, quiero decir, que deseaba conocer qué efecto me produciría, atendido el estado de ánimo en que me encontraba. ¡Ah! amigo mío, ¡qué pobre me pareció la hermosura de Carlota comparada con la imagen que llevaba yo impresa en mi mente! No obstante, hice como si tal cosa, y cuando aquélla me recordó que por la noche debíamos ir á la Ópera para oír el *Guillermo*, me ocupé en hermosearla todo lo posible; fué el último esfuerzo que, para ella, intenté sobre mí. Si yo resistía al triunfo que era seguro iba á alcanzar Carlota, pues ésta no se presentaba en la Ópera sin causar sensación, era hombre al agua, y no me cabía más que abandonarme á la corriente y luchar para ahogarme lo más tarde posible. Hasta entonces no había creído yo en el repentino trastorno que la primera vista de una mujer puede operar en un hombre. Ahora creo en él. Interin, iba yo engalanando como mejor sabía á Carlota, que no acertando á comprender á qué singular impulso yo obedecía, y viéndome más solícito que de costumbre, me daba candorosamente las gracias y parecía toda satisfecha. Le ofrecí ocasión para alcanzar una victoria; de ella dependía el ganarla. Escogí lealmente su vestido y le hice poner el tocado que mejor la sentaba para que, en realidad, fuese tan hermosa cuanto podía serlo. Ya engalanada, Car-

lota fué por su madre en su cupé, y las dos me encontraron á la puerta de la Ópera. Llegamos en el preciso instante en que se daba comienzo á la partitura y en que la sala nadaba en armonía. Cuando entramos en un sitio donde se oye música como la del *Guillermo*, nos sentimos arrebatados á regiones superiores, y todas las demás sensaciones callan. Con todo eso, la entrada de Carlota no dejó de producir efecto: todos los gemelos de los palcos se asestaron á ella, que, á decir verdad, sostuvo el fuego de aquella curiosidad femenina como mujer acostumbrada á quedar dueña del campo de batalla. Algunos amigos de Carlota, envanecidos de conocer á una persona que interrumpía á Rossini, hacían todo lo imaginable para que ella los conociese. Todo lo ha contaminado de vanidad la civilización. Sólo un palco quedaba aún vacío, y á no tardar avanzó hasta el antepecho del mismo una mujer, que á su vez, y por causa distinta, atrajo la atención de los espectadores, incluso la mía. Figúrate tú que aquella mujer llevaba un vestido de raso de color de cereza, muy escotado, y del que apenas suavizaba el fulminante brillo una berta de blonda negra, y en la cabeza, llena de rizos rubios como los de un rorro, y que daban á aquella proporciones descomunales, una gran rosa abierta colocada de cualquier modo, y que, de lejos, no parecía sino una segunda cabeza colocada sobre la primera. Sin embargo, aquella mujer de fijo que era encumbrada; pero ya sabes que cuando á una aristócrata le da por el mal gusto, echa el resto. Aquella ostentaba magníficos diamantes en las orejas, en los brazos y en la garganta; mas, por mucho que hiciese, tenía todas las trazas de una gordinflona suegra francesa del tiempo de Luis XIV. Si la hubieses visto permanecer en pie y contonearse para que la vieses por todos lados, y recoger los pliegues de su falda, habrías hecho lo que yo, reírte; y no quería sentarse, y se volvía á derecha y á izquierda, y se sonreía, y metía ruido, y parecía como si dijese: «Miren ustedes si es hermoso lo que me he puesto en la cabeza.» También produjo efecto aquella mujer, y fué preciso todo el poder de la música y todo el buen gusto de los oyentes para que no lo produjese mayor. Por fin, la dama de la rosa se decidió á sentarse y á escuchar; en la apariencia, estaba aquella sola en el palco, pero no era así, pues á cada instante volvía la cabeza, si este nombre puede darse al bulto ridículo que sustentaba

sobre los hombros, y hablaba con alguien que se había quedado en el interior del palco, y como insistiendo para que ese alguien se sentara al lado de ella. Cuanto hizo fué en vano; la persona que se quedara en la penumbra se resistió á todas las instancias, denotando con esto que era mujer.

Sin saber por qué, y arrastrado por la curiosidad de saber quién era la incógnita, tomé los gemelos y miré. ¿Era alucinación de mi espíritu, que, lleno de una sola imagen, la veía en todas partes? En el espejo del palco parecióme ver la de la duquesa; sí, era ella en realidad, é iba á verla durante toda la velada. ¡Qué ventaja para mí si ella me veía junto á Carlota, es decir, en compañía de una de las más hermosas mujeres de París! Entonces desdeñé buena cosa menos la hermosura de mi amante, y, en mi egoísmo, comprendí cuán útil podía serme. En cuanto á la duquesa, podía yo contemplarla á mi sabor sin que ella lo sospechara lo más mínimo. ¡Ah! estaba imponderablemente más seductiva que por la tarde; el único adorno que había añadido á sus cabellos consistía en unos sencillos y delgadísimo lazos de color muy suave, apenas visibles, y que se afanaban por acariciarle los hombros. La duquesa no se había quitado aún su pelliza, pero la llevaba desabrochada, y al través de la abertura descubría un pecho duro y de deslumbradora blancura, al que todavía daba más realce el color de su vestido bordado de azabache. Alhajas, no llevaba otra que un collar de gruesas perlas abrochado por un rubí. Vista de aquella suerte en la luna de un espejo, en la penumbra de un palco profundo, asumía un no sé qué fantasmagórico, y todos sus movimientos adquirían más gracia, más voluptuosidad, más armonía. Por eso los pintores miran sus cuadros en un espejo mientras los están pintando, para darles el gracioso modelado que el reflejo comunica á los contornos. Poco antes de terminar el acto primero, ya desembarazada de su pelliza y en todo el esplendor de sus hombros y de sus brazos, completamente al aire, la duquesa se deslizó suavemente hasta el antepecho del palco, más bien de cara á los espectadores que no á la escena, pero, sin embargo, prestando toda su atención á la música. Yo me escondí para que ella no me viera, desde luego, pero sin dejar de mirarla. Lo que yo no acertaba á explicarme era cómo se encontraba allí, en compañía de una mujer tan ridícula. Era indudable

que se había visto constreñida á ello, pues era incapaz de una coquetería tan vulgar, ya que su hermosura por sí le bastaba sin necesidad de contraste. ¿Qué más grato que contemplar á la mujer que amamos—ya podía yo servirme de este verbo,—al través de la música de Rossini? Sin embargo, una mujer, por muchas precauciones que tome, no entra en una sala como la de la Ópera sin que la vean las demás mujeres, que ni siquiera necesitan de los ojos para advertirlo. Una voz íntima les dice que acaba de parecer una á quien mirar, criticar y envidiar. En tales casos vemos multitud de manos delicadas, unas tomando sus gemelos, otras pidiéndolos, y todas, unas tras otras, levantarlos hasta la altura de los ojos, sin que por eso el brazo olvide la actitud que debe guardar para ser gracioso; porque mientras una mira con los gemelos, puede con gemelos ser mirada también y es preciso no dejarse sorprender. Si la mujer examinada de esta suerte es hermosa, los gemelos tardan mucho en bajarse, y no se bajan hasta que han descubierto lo que buscan, un defecto. Ahora, si la mujer no vale la pena, ó es fea, pronto concluye la investigación. Carlota, haciendo un gesto simpático que para mí más que para otra persona correspondía directamente con la aparición de la duquesa, tomó disimuladamente sus gemelos y miró. El examen duró dos minutos. ¿Cuál iba á ser su juicio tras un interrogatorio tan escrupuloso? Carlota se inclinó hasta su madre, y entregándole los gemelos para invitarla á que mirase, le dijo:

—Repare usted qué hermoso collar de perlas lleva aquella mujer.

—Como el de la señora de S..., profirió la madre después de haber asestado los gemelos á la duquesa.

—¡Oh! es más rico, arguyó Carlota prestando nuevamente atención á la música.

De modo que mi amante sólo había visto las perlas, no la mirada mía que envolvía á la duquesa, ni adivinado que aquella mujer y yo nos conocíamos desde aquella tarde, que aquella noche íbamos á reunirnos de nuevo, y que, por esta causa, la dejaría á media noche, á ella, á Carlota, pese á su hermosura y á cuanto debiera haber despertado en mí una velada semejante. Nada advertía á mi amante que aquella mujer la haría sufrir é intervendría en su existencia; que yo la amaría, en fin, si es que ya no la amaba.

De la duquesa no vió más que las perlas... ¡Y las mujeres hablan de sus presentimientos en amor! ¡y dicen que adivinan cuando van á engañarlas!... Yo he engañado á algunas, y he visto engañar á otras, y las he visto desconfiadas sin razón y celosas sin causa. Bajaron el telón, y los espectadores buscaron distracción para pasar el entreacto. Acudieron algunos amigos á visitar á Carlota, y yo me mantuve aparte, en la penumbra. La duquesa, apoyada en su sillón, guardaba la actitud de la mujer indolente y ajena á toda curiosidad. Los espectadores de la orquesta y de la platea se habían levantado, y, de espaldas al escenario, pasaban revista de los palcos. Carlota empezaba de nuevo á atraer las miradas, y la duquesa, á pesar de su desdén, hizo lo que todos, esto es, tomó sus gemelos, circunstancia que aproveché yo para salir de la penumbra y ponerme á hablar con los visitantes. La duquesa me vió y estuvo mirándome durante un buen espacio con los gemelos. Como puedes figurarte, yo no perdía uno de sus gestos, por más que aparentaba ocuparme en otra cosa: entonces fué cuando la vi volverse para tender la mano á un joven que entró en su palco. Era uno de los jóvenes más elegantes é inteligentes de París, aunque extranjero, dueño, si no me engaño, de una renta de seis mil duros, y en expectativa de duplicarla, y desocupado; no tenía más allá de veintiún años de edad, ostentaba un apellido ilustre, y era de presencia realmente gallarda, á la vez altanera y sencilla; tal era el recién llegado, el príncipe de Rivá, ó el principito, como solían apellidarle, no por su estatura, pues era muy alto, sino por su juventud. El príncipe se sentó familiarmente, ó, más bien, con el desembarazo propio del que está habituado á frecuentar la sociedad encumbrada, á espaldas de la duquesa, y empezó á conversar con ella. ¡Qué singular velada aquella, amigo mío! Sin mirarnos, ella y yo empeñamos una partida en que yo llevé la ventaja. ¡Ah! en achaque de coquetería, aquella gran coqueta era muy cándida y muy niña. Fingió tal intimidad con el príncipe, simuló estar tan satisfecha de tenerlo junto á sí, le retuvo tan ostensiblemente cuando él quiso marcharse, que no me cupo ya duda alguna de que me apuntaba á mí aunque parecía apuntar al otro. Un sin fin de veces la sorprendí mirándome con disimulo como para cerciorarse de que yo la veía, y como para decirme: «Si está usted en compañía de una mujer hermosa,

yo tengo junto á mí un gallardo mancebo.» ¿No era esto una verdadera niñería? ¿y podía dejarse prender en tales redes un hombre algo conocedor? La duquesa llegó hasta el extremo de pasar en compañía del príncipe todo un acto en la penumbra del palco; acto que yo, á mi vez, lo pasé en la actitud más natural, conversando de tiempo en tiempo con Carlota, y sin exagerar lo más mínimo la situación de un hombre que acompaña á una mujer al teatro, sea ésta ó no sea su amante.

Al parecer, el príncipe tenía una cita, pues al cuarto acto se marchó, no sin disgusto; y un hombre que deja á una mujer como la duquesa antes del fin de una ópera como *Guillermo Tell*, es que verdaderamente se ve obligado á marcharse. Otras personas sucedieron al príncipe en el palco de la duquesa, pero ninguna de ellas recibió la acogida que aquél. Era evidente, pues, que lo que ella quería era que yo me entregara á suposiciones verosímiles; pero yo no quise hacer ninguna. Pronto vas á ver si estaba yo en lo firme. Terminado el acto cuarto á las once y media, la duquesa se marchó, y como Vladimiro y yo debíamos encontrarnos en su casa media hora después, so pretexto de evitar empujones, pero en realidad para no llegar tarde á la cita, y también en la esperanza de encontrar todavía á aquella en los pasillos, di su pelliza á Carlota y salí con ella lo más apresuradamente posible. Al llegar al pie de la grande escalinata de la derecha, vi á la duquesa en la última grada de la de la izquierda; estaba aguardando su coche, como Carlota aguardaba el suyo. Conforme me recomendara el ruso, no me cabía derecho á conocer en público á la duquesa; ya había, pues, un secreto entre aquella mujer y el hombre que iban á cenar juntos y que permanecían por espacio de cinco minutos uno frente á otro como si en su vida se hubiesen visto. El coche de Carlota seguía al de la duquesa, y los lacayos respectivos las avisaron á un tiempo; la duquesa, al subir á su cupé, lanzó una mirada al otro cupé que estaba aguardando, esto es, al de Carlota, cuyo lacayo ya había abierto la portezuela.

—Queden ustedes con Dios, señoras, dije en voz bastante alta para que ella pudiese oirme, y despidiéndome de Carlota y de su madre.

Los dos coches se alejaron con rapidez, y yo me encaminé á casa de Vladimiro.

—No está, me dijo el ayuda de cámara, pero ha dejado una carta para usted.

La cual decía:

«Mi querido amigo: vaya usted en derechura adonde le están aguardando; no me será posible reunirme á usted hasta las doce y media.»

Decididamente el acaso lo hace bien todo, si es que el acaso hizo aquello.

Encaminéme, pues, á la fonda donde se apeara la duquesa, y de la cual tomara todo el piso primero, y, al llegar á ella, la camarera me dijo que su ama todavía no se había recogido. Luego me preguntó cómo me llamaba, y al decirle mi nombre añadió que tenía orden de hacerme aguardar.

V

Tras dos años de viaje, la duquesa se había apeado en una fonda, interin alhajaban su vivienda.

La camarera me guió á un salón, que lo era verdaderamente de fonda. Ya los has visto tú: papel granate lustroso con flores terciopeladas, cortinajes de damasco, arañas del tiempo del imperio, chimenea de mármol blanco, reloj de mal gusto con el consabido carro del sol, la educación del amor ó la catedral de Reims, candelabros con cabezas de esfinge, sillas, butacas y sofá duros como guijarros, alfombra con rosetones, y alguna vez, entre las ventanas, un pequeño mueble de palo de rosa ó de caoba; para imprimir alguna variedad á esa monotonía tradicional, siempre es lo mismo; y tal era el salón en que entré. Pero hacía algunos días que habitaba en aquel salón una mujer, y ya había perdido el olor á rancio; y es que aquella, al animarlo con su espíritu, le había prestado parte de su hechizo. Y tal milagro habíalo obrado sin esfuerzo, como todos los milagros que obran las mujeres. Aquí había colocado un sillón junto á la lumbre y agrupado en torno de él sus objetos más familiares, tales como la cesta de tapicería, el libro nuevo, etc.; allí se veía un pañuelo olvidado, allá un portamonedas, acullá cucuruchos de dulces; habían traído un piano, y estaba abierto, con una pieza de música en el atril, y sobre una silla estaba echado un vestido de baile, nuevo, que aguardaba la mirada de su dueña antes de que lo encerraran en su res-

pectiva caja de cartón. La llegada reciente y la partida próxima confundían los objetos y forzosamente violaban la especialidad de los aposentos. En uno de los esquinazos de la chimenea había un cofrecito de plata, con una figura en cada uno de sus ángulos y un esmalte del siglo xv en cada una de sus caras, que hubiera atraído toda la curiosidad de un hombre de buen gusto que en el salón hubiese entrado; él solo valía tanto como lo demás que había en aquel aposento; indudablemente la duquesa acababa de comprarlo para regalarlo ó para llevárselo como recuerdo. Sobre la mesa, y junto á una de las ventanas, se veía un retrato de mujer, risueño, en un marco dorado, que descansaba en un bastidor de quita y pon; aquella mujer era hermosa, y probablemente amiga de la duquesa, y, sin duda, representaba un afecto. Un ramo de fragantes violetas, inclinado en un vaso de agua, era la última nota que daba vida á la fría simetría de aquel salón. Y ¡qué luz iba á derramar ella sobre todos aquellos objetos al entrar! Había sonado ya la media noche, y únicamente hacía doce horas que conocía yo á la mujer á quien estaba aguardando; ¿no era esto un paso de gigante? Admitiendo la progresión en amor como en todo, ¿adónde habría llegado yo dentro de ocho días? ¿y por qué no habría de realizarse tal progreso? Mi vista estaba ya familiarizada con todos los objetos que sólo hacía cinco minutos me rodeaban. ¡Con qué íntima complacencia limitaba yo mi horizonte á aquel aposento! Véame aguardado á mi vez y abriendo la puerta de la que acababa de atravesar los umbrales. Ella estaba allí en aquel sillón, y me recibía con la más gozosa sonrisa, y me tendía la mano, y me echaba en cara el haber llegado demasiado tarde... Yo me sentaba á sus pies, en aquel taburete de terciopelo, y empezaba la amorosa plática, y de esta suerte se deslizaban rápidas las horas para recordarnos que todo pasa; pero no las oímos sonar. Tales eran mis sueños. Sin embargo, al entrar yo en aquel salón había forjado en mi mente un plan basado en las ventajas que podría reportarme mi presencia en la Ópera en compañía de Carlota; mas para llevarlo á buen término era menester que todo marchara según mis previsiones, y la menor astucia podía desbaratarlo todo. En esto sonó la media para la una, y volví en mi acuerdo sobresaltado. ¿Qué significaba aquella tardanza de media hora? ¿Se había olvidado de la cita la duquesa? ¿Creyó, al verme con

una mujer, que yo no podría acudir á la cena? ¿Era aquel retraso casual ó deliberado? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía aquella mujer atolondrada, dispuesta siempre á las excentricidades? ¿Se estaba, por ventura, paseando al pie de las ventanas del aposento en que yo me hallaba, y al ver al través de las persianas la luz delatora de mi presencia allí, se reía? De dar crédito al ruso, la duquesa era mujer para eso y mucho más. Pero ¿y Vladimiro? ¿por qué no venía tampoco? ¿Sabía que la duquesa faltaría á la cita? ¿estaba con ella en aquel instante? ¿se deshacía de mí de aquella suerte? ¿era aquello una mistificación? De nuevo me asaltaron temores y sospechas, y aun sentí celos. ¿Y si las camareras estaban riéndose de mí tras la puerta? ¿La que había acudido á mi llamamiento tenía un gesto tan burlón! Era preciso, pues, de todo punto, saber á qué atenerme, por lo que tendí el brazo para llamar; pero en aquel preciso instante se abrió la puerta, y entró en el salón la duquesa, acompañada de ese crujir de seda que constituye la armonía de la mujer.

—Dispéñeme usted, díjome sonriendo y con voz jadeante, demostrativa de que había subido apresuradamente y que daba ya un mentís á la mayor parte de mis malas suposiciones; dispéñeme que le haya hecho aguardar; ¡dichosa cuñada! no podía deshacerme de ella.

—Aquella dama...

—Ya sé lo que va usted á decir me interrumpió la duquesa riéndose: «¿Aquella dama, con una rosa de á libra en la cabeza y vestido de raso color de cereza es la cuñada de usted?» Sí, señor, lo es.

Mientras pronunciaba estas palabras, la duquesa se reía, se quitaba los guantes y descubría dos manecitas blancas, regordetas, con hoyuelos y uñas rosadas, manos á lo Bucher, sencillas, naturales, sin pretensiones, incapaces de trabajar y necesitadas de veinte mil duros de renta cada una; manecitas de esas sin huesos como las de los niños, hechas adrede para llevarlas á los labios y desparramar en torno puñados de besos. ¡Ah! ¡qué manos aquellas! pero, en realidad, no valía la pena de tenerlas para tenerlas tan sumamente pequeñas. ¡Si las hubiese visto cuando empezaron á revolotear, cual pajarillos, por los cabellos de su dueña! Primeramente esponjaron un poco las matas aplanadas por el capuchón, luego descendieron á los hombros

bros para echar más atrás las cintas, corrieron por lo alto del cuerpo del vestido y por las guarniciones de la falda, y, por último, una de ellas se separó de las otras y se tendió hacia mí. Yo acerqué á mis labios aquella manecita, en cuyo meñique brillaba una sola y sencillísima sortija compuesta de dos anillas soldadas entre sí, y en el centro de las cuales había, respectivamente, una perla y un diamante. Aquella sortija me contrarió; probablemente era un recuerdo.

—¿Y Vladimiro? ¿dónde está? me preguntó la duquesa.

—No tardará en venir.

—¿Luego no han venido ustedes juntos?

—No, señora. Vea usted lo que me ha escrito.

—Siempre será el mismo.

Yo me apoyé en la chimenea.

—¿Me da usted su permiso? me dijo la duquesa.

Y sin aguardar mi respuesta, abrió una puerta con espejo, paralela á la puerta por la cual yo entrara, y se metió en otro aposento dejándola entreabierta. Ahora bien, por la abertura veía yo parte de un tocador de palo de rosa, un espejo ovalado, inclinado para recibir la imagen que ante él iba á presentarse; y al brillo de las bujías, algunos utensilios de tocador labrados de plata, y de plata sobredorada, añadían puntos luminosos á aquel fragmento de cuadro, completado por los grandes y pesados pliegues de unos cortinajes de damasco verde que caían tras el tocador. Esto era cuanto yo veía; pero, de tiempo en tiempo, pasaba por delante de aquel espejo una sombra que me permitía adivinar lo que no veía.

—Heme aquí, dijo la duquesa reapareciendo, después de haberse echado sobre el vestido, para cubrirse los hombros, un saco de paño negro bordado en seda y oro.

La duquesa se sentó, encendió un cigarrillo de paja, uno de esos cigarrillos destinados á dar á entender á las mujeres que cuando se acercan á los labios tal adminículo fuman, y con gesto y mirada demostrativos de que desde su llegada no quería venir á parar en otra cosa, dijo:

—¿Se ha divertido usted en la Ópera?

—¿Y usted, señora?

—Mucho. ¡Me gusta tanto la música de Rossini! Y, sin embargo, he dejado pasar todo un acto sin escucharla.

La duquesa esperaba una respuesta que yo me guardé

muy bien de dársela. Lo que yo quería era verla venir; así, pues, no abrí la boca.

—Al salir daba usted el brazo á una mujer muy hermosa, prosiguió mi interlocutora.

—Le transmitiré lo que acaba usted de decir, señora, y tal cumplido, de parte de usted, la halagará por todo extremo.

—Por desgracia no lo sabrá.

—¿Y eso?

—Porque para repetirle mis cumplidos sería menester que usted le dijese que me conoce.

—Ya lo sabe.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Al despedirnos á la puerta del teatro.

—¿Así entiende usted la discreción?

—¿Qué mal había en ello? Por otra parte, no tengo secretos para esa mujer.

—¿Luego sabe dónde está usted á estas horas?

—¡Claro! Primeramente ha ido á acompañar á su madre, que vive á dos pasos de la Ópera, después ha venido á buscarme y me ha conducido en su coche á casa de Vladimiro y aquí.

—¿Y luego?

—Luego se ha ido á su casa.

—Y ¿está durmiendo?

—Lo supongo.

—¿Sabe usted que la confianza que esa mujer tiene en usted no es muy cortés para mí?

—No la comprendo á usted, señora.

—¿Me ha visto en la Ópera?

—Sí, señora.

—¿Y le ha dejado á usted venir?

—No le he dicho á usted que me ha acompañado?

—Entonces, una de dos: ó esa mujer no le ama á usted, ó yo soy fea; escoja usted.

—Nada de eso, señora. Esa mujer sabe quién es usted, y, por lo tanto, nada tiene que temer.

Confiesa que mis guerrillas no se portaban mal, y que la coqueta había ya perdido una de sus posiciones.

—Y ¿la dama esa conoce á Vladimiro? prosiguió la duquesa tras una pausa.

—Sí, señora, y precisamente á su casa me dirigió ayer

la carta en que me convidaba á almorzar hoy con usted.

—Y ¿cómo sabía Vladimiro que se encontraba usted en tal sitio?

—Porque le consta que paso todas las veladas en casa de esa dama.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos quince meses.

—¿Es un hábito?

—Una satisfacción. Por fortuna, á mi edad todavía no se ha contraído hábito alguno.

—Y, dígame usted, ¿leyó la dama esa la carta de Vladimiro?

—Los dos la leímos á la par; de lo contrario, ¿cómo que-ría usted que me autorizara para aceptar la invitación?

—¿Cómo! ¿Usted le pidió permiso?

—Sí, señora.

—¿Y si se lo hubiese negado á usted?

—No hubiera ido á casa de Vladimiro.

—Luego ¿es usted un esclavo?

—No, señora, soy un hombre dichoso.

Figúrate tú con qué gesto más formal, con qué inflexiones de voz más verosímiles alimentaba yo aquella conversación, en la que mi hechicera adversaria iba enfrascándose más y más sin el menor recelo; como ella hubiese ganado una jugada, habría abandonado la partida; pero ahora me cabía la seguridad de que ella perdería; yo tenía todos los triunfos en la mano, y aguardaba á pie firme. La duquesa, dando pruebas de un candor grandísimo en achaque de coquetería, se obstinó, y después de haber preparado atropelladamente un nuevo plan de ataque, continuó:

—¿En qué palco estaba usted, que no le he visto?

Esta vez estaba acorralada como el general Mack en Ulm. ¿Era posible que me dirigiese á mí tal pregunta después de haberme mirado una y otra vez con sus gemelos?

—Estaba en el palco frontero del de usted y en la misma fila que el de usted; yo la veía á usted admirablemente, señora.

Yo fingí una mala maniobra para que ella se descubriese del todo, como efectivamente lo hizo. ¡Oh general imprudente! ¿cómo iba á conducir mi corazón cuando lo tuviera á sus órdenes? ¿sería mi corazón el que se vería obligado á conducirla á ella?

—Ha venido un gallardo mozo á mi palco, prosiguió la duquesa, jugando con su cigarrillo, despidiendo hilillos de azulado humo, haciendo gestos destinados á dar realce á lo que acababa de decir y mirándome para pulverizar mi respuesta.

—Ya sé, el príncipe de Rivá, le dije.

—¡Ah! ¿le conoce usted?

—De vista.

—Con franqueza, ¿qué tal le parece?

—¿En lo físico?

—Ante todo.

—Guapo.

—¿Y en lo moral?

—Muy distinguido é ingenioso. Es músico hasta el cabo de las uñas, y dibuja muy bien; es un verdadero hombre de mundo, y, además, artista y príncipe; si con esto no fuese simpático y dichoso, no sé con qué lo sería.

—¡Gracias á Dios que encuentro un hombre que no habla mal de mi principito!

—El mal que la gente dice de los hombres como el señor de Rivá constituye la mayor alabanza de éstos, pues no demuestra más que los celos que inspiran, y por otro lado las esperanzas á que dan vida. Á mí no me asiste razón alguna para estar celoso del príncipe, y, por lo tanto, digo la verdad.

—Le haré sabedor del concepto en que usted le tiene, y viniendo de usted el elogio no podrá menos de serle gratísimo.

Era evidente que la duquesa quería tomar el desquite; enhorabuena, y pues repetía poco más ó menos mis palabras, le repliqué yo también poco más ó menos con las suyas:

—Para hacerle sabedor de tal concepto, señora, debería usted decirle que me conoce.

—Ya se lo he dicho, como se lo digo todo; él es quien me aconseja, me guía y me acompaña.

—Entonces, sabe que tengo la honra de cenar con usted.

—Lo sabe, y tan es así, que yo tenía empeño en que fuese uno de los nuestros.

—¿Se lo habrán vedado?

—No reconoce tal derecho en persona alguna.

—¿Qué se lo ha impedido, pues?

—El tener que acompañar á su madre al baile.

—Ya, por eso ha salido antes de terminar el *Guillermo*.

—Lo ha adivinado usted. Así, pues, ¿usted veía lo que pasaba en nuestro palco?

—Todo lo veíamos.

—¡Ah! ¿también miraba la dama aquella?

—También. Cuando ha entrado usted he dicho á mi compañera quién era usted, y como es natural ha mirado á usted con los gemelos, llena de una curiosidad muy disculpable.

—¿Conoce al príncipe la amiga de usted?

—Creo que no.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Por mí, respondió tras ligera vacilación la duquesa; quizá le impediría que viniese á verme.

—¿Me lo impide á mí, por ventura?

—No es lo mismo; para el príncipe hay aquí peligros que no existen para usted.

—Pero los cuales no interesarían lo más mínimo á esa dama, pues no sentiría por él el mismo interés que por mí; al contrario, allí donde usted ve un riesgo, ella no vería más que una satisfacción.

—No importa, repito que mejor para mí; porque si mi principito conocía á esa dama, pronto advertiría su superioridad sobre las demás mujeres y me abandonaría, no por la fuerza, sino voluntariamente; y entonces ¿qué sería de mí?

—Poco le duraría á usted la pesadumbre; ¿no debe usted salir de viaje otra vez en breve plazo?

—Esto creo; pero ya sabe usted que la mujer es voluble.

—Y quien fía en ella es un loco, debe usted añadir para completar el refrán.

—Esta es la primera vez que lo oigo.

—Además, ¿qué podría retenerla á usted en París?

—¿Es posible que un hombre de talento pueda dirigir tal pregunta á una mujer de mi edad?

—Cuando esa mujer lleva en su coche un tronco blanco...

—Tiene usted razón, lo había olvidado.

—Acertado estuvo Vladimiro.

—¿En qué?

—Al decirme que es usted olvidadiza.

—Vladimiro es un mentiroso.

—Lo mismo le he dicho yo esta mañana.

—¿A causa de qué?

—A causa de ciertas cosas que me estaba refiriendo y de ciertos consejos que quería darme.

—Y ¿qué cosas y qué consejos eran esos?

—¡Bah! ni quiero dar crédito á las primeras ni seguir los segundos.

—Se lo ruego á usted, profirió la duquesa sonrojándose un poco, olvidándose de su principito y mostrándose más curiosa que hábil; se lo ruego á usted, dígame lo que Vladimiro le ha contado á usted de mí.

—Y ¿quién le ha dicho á usted, señora, que sea usted de quien me ha hablado?

—Estoy segura de ello... Ea, dígame usted lo que le ha referido.

—Todo cuanto pueden decir de usted, señora.

—Pueden decir tanto...

—Omito el decirle á usted que no he creído más que aquello que debía creer.

—Pues con tanta más razón debe usted repetírmelo.

—Le he prometido que sería discreto.

—Así, pues, ¿ese Vladimiro exige lo mismo á todos?

—¿Y eso?

—También me ha exigido á mí la mayor discreción al hablarme de usted.

—¡Ah! ¿le ha hablado á usted de mí?

—Largo y tendido.

—¿Cuándo?

—Cuando quiso hacerme trabar conocimiento con usted.

—Conozco que sólo le ha hablado bien de mí, pues ya nos conocemos.

—¿Quién sabe? Una mujer siente en ocasiones más vivos deseos de ver á un hombre de quien maldicen que no á un hombre á quien ensalzan; los hombres de quienes maldicen suelen ser superiores, y testigo de esto mi principito.

—Entonces, me encuentro en una situación admirable respecto de usted, señora, esto es, en la situación de un hombre de quien le han hablado usted con tal elogio, que usted no ha temido conocerlo, ó en la de un hombre de quien le han hablado lo bastante mal para que deseara usted conocerlo.

—Pero lo que no puede haberle dicho á usted Vladimiro, y lo que usted ignora, es que prescindiendo de eso existe una razón particular para que sin buscar la ocasión yo me aprovechara de ella al presentármeme.

—Y ¿cuál es esa razón, señora?

—Bástele á usted saber que existe, y que por más que sólo le conozca á usted desde esta mañana, hace ya mucho tiempo que para mí no es usted un extraño.

¿Hablaba seriamente la duquesa? Como quiera que sea, se gozaba francamente en mi curiosidad y parecía decirme:

—Ahora me toca á mí.

—Pues bien, señora, dije; confidencia por confidencia.

—No, vale más que yo no piense en aquel tiempo; por otra parte, sé cuanto le ha dicho á usted Vladimiro, y la partida sería desigual.

—¡La una! proferí yo al sonar el reloj, ¿cómo se explica que no esté aquí Vladimiro?

En esto llamaron á la puerta, y la duquesa, convencida de que era el ruso quien había llamado, llamó á su camarera y le encargó que dispusiese la cena. Luego abrió por su propia mano la puerta del salón; pero apenas lo hubo efectuado, cuando volvió á cerrarla, y asíéndome del brazo me condujo á la puerta de otro aposento, diciéndome:

—Hágame el favor de entrar ahí por un instante, caballero.

Y sin aguardar mi respuesta, pero prometiéndome con la mirada explicarme después aquel extraño incidente, me encerró en un aposento donde reinaba la obscuridad más absoluta. No necesito decirte que pegué el oído á las tablas de la puerta para escuchar; pero en aquel instante la pieza quedó alumbrada, y al volverme vi á la camarera, que traía bujías y se volvía por donde había venido con la gravedad inherente á su cualidad de inglesa. Me encontraba en el dormitorio; lo cual me hizo sospechar que la situación debía ser grave cuando en tal sitio me hacían esconder. En efecto, aquel era el aposento en que la duquesa entrara pocos minutos antes. Su pelliza estaba sobre un sillón, tibia y perfumada aun; la cama, con el cobertor un tanto levantado, aguardaba á la hermosa dormidora, y yo, yo, me veía iniciado de improviso en los más seductivos secretos del dormitorio de una mujer joven, dormitorio que, aun para el amante, conserva por largo espacio de tiempo y en ocasiones para siempre, el misterio que me era dado penetrar; y aquel, aquel era el sitio desde el cual iba á conocer indudablemente otro secreto. ¿Quién, al verme allí, hubiera dicho que yo conocía á aquella mujer tan sólo desde la mañana? En esto oí pasos de hombre y á la duquesa que decía:

—¿Cómo! ¿es usted, príncipe?

¡El príncipe de Riva! ¡y á la una de la madrugada! El corazón me latía con violencia. Sin embargo, la duquesa no podía ser cómplice de aquella visita; y, sobre eso, su voz traducía algo más que la extrañeza.

—¿Qué pasa para que venga usted á una hora tan intempestiva? preguntó la duquesa.

—Nada, respondió el príncipe; la baronesa me ha dicho que la encontraría á usted aquí, y me he venido.

—¿Por qué?

—Para conversar con usted.

—La conversación que usted y yo podemos tener á solas no pasa de ser un sueño.

—Ya la despertaremos.

—De día tiene usted mucho talento, príncipe; por lo tanto, es preciso que de noche le deje usted reposar, créame.

—¿Qué tiene usted?

—¿Que qué tengo? que hallo su visita, por más que la haya autorizado mi cuñada, del gusto más pésimo; tengo, que estoy buscando en mi imaginación quién me hará respetar, si mi propia familia autoriza que se me falte al respeto de esta suerte. Sólo los maridos y los amantes, continuó la duquesa animándose por grados, están facultados para abrir á la una de la madrugada la puerta de la morada de una mujer, de una mujer como yo, y usted no es amante ni marido mío. Me admiro, pues, de que haya usted abierto esta puerta.

—Perdone usted, duquesa, creí...

—No es de usted de quien me quejo; sin que usted lo advierta, le hacen desempeñar un papel que no armoniza ni con su carácter ni con su título. Vuélvase usted á casa de mi cuñada, y dígame que, por su culpa, me he hallado en el caso de ver una impertinencia en una de las visitas de usted, y de tratar malamente á un hombre de quien hace contados minutos apreciaba yo la cultura, el corazón y el talento. Vaya usted, príncipe, vaya usted. Mañana, cuando venga usted á disculparse, sólo me acordaré de sus visitas hechas en otras ocasiones.

Tras estas palabras oí como se cerraban las puertas. El príncipe se había marchado.

Yo estaba satisfecho, no de la humillación del príncipe, sino de la altivez de aquella mujer, y me acerqué á la puerta para encontrarme lo más rápidamente posible junto á ella

cuando viniese á darme libertad; pero con grande extrañeza mía, no pareció. Sin embargo, yo la oía andar por el salón, y el ruido de un coche que partía desde la entrada de la fonda me probaba que el príncipe había partido en realidad. ¿A qué obedecía el que yo estuviese todavía en aquel dormitorio? ¿No sabía la duquesa cómo disculparse? Presté oído atento, y como el ruido de pasos había cesado, entré en el salón. La duquesa estaba sentada en el sofá, enjugándose los ojos, encendidos por las lágrimas. Al verla en tal actitud, me acerqué á ella y le dije con emoción:

—¿Por qué llora usted, señora?

—¿Cómo quiere usted que yo sufra tal insulto? me respondió. Muy en lo hondo debo haber caído cuando de esta manera me tratan. Sin embargo, le juro á usted que no tiene ningún derecho á obrar como ha obrado.

—¿A qué este juramento, señora? ¿No es usted dueña de sus acciones? ¿Me asiste á mí, por ventura, derecho á exigirle cuenta de ellas, y qué le obliga á explicármelas?

Dije yo estas palabras con acento tal, que de no estar ella tan conmovida, habría adivinado inmediatamente el verdadero móvil que me indujera á pronunciarlas.

—Pero ¿qué juicio ha formado usted de mí después de lo que acaba de pasar?

—El que tenía ya formado.

—Es usted cruel.

—Usted interpreta mal el significado de mis palabras, señora. Por mucho que viese y oyese, mi opinión respecto de usted sería siempre la misma que formulé cuando la vi por vez primera. ¿Usted cree que tomo en serio nuestra broma de hace poco, y los esfuerzos que usted hacía para darme á entender lo que no existe? Por otra parte, ¿el modo como acaba usted de recibir al príncipe no sería el mentís más formal de cuanto me ha dicho usted durante nuestra conversación? ¿Usted imagina que yo doy crédito á cuanto de usted me han dicho? ¿Las lágrimas que está usted derramando en este instante no serían la prueba más palpable de lo contrario, si ese contrario tuviese necesidad de pruebas? No, señora, nada de eso es cierto, no quiero que lo sea. Dejemos que los necios crean y los maldicientes repitan tales murmuraciones, y como personas de corazón nacidas para comprenderse, mirémosles desde regiones superiores y como debemos mirarles.

—¡Oh! gracias, gracias de todo mi corazón; me ha comprendido usted, exclamó la duquesa levantándose y estrechándose las manos.

—Sí, la he comprendido á usted, señora; he comprendido que su corazón, desocupado, le dejaba en completa libertad el cerebro. ¡Ah! éste, en ocasiones, siempre, es un mal consejero para una mujer joven y hermosa. Vea usted adónde pueden arrastrarla las imprudencias, señora. Apenas la conozco á usted, pero la conozco lo bastante para darme sobre usted casi casi algún derecho. Mire usted de frente la situación en que nos encontramos el uno respecto del otro, y vea qué provecho podría yo sacar de ella si fuese un malvado ó simplemente un hombre sin educación. Usted ha escrito una carta en que hablaba de mí en términos de que mi vanidad podría acordarse... Son las dos de la madrugada: está usted á solas conmigo; me ha hecho usted esconder en su dormitorio; puedo apoyarme en la opinión que de usted ha sustentado el príncipe al venir á la hora en que ha venido y en el modo cómo Vladimiro la trata, no viniendo; con lo cual queda demostrado que todavía el menos impertinente de los dos es el primero. ¿Quiere usted saber lo que Vladimiro me ha dicho esta mañana? Pues me ha dicho que fuese el amante de usted, lo cual me costaría muy poco conseguir. ¿Y sabe usted por qué no viene Vladimiro? para proporcionarme la ocasión después de haberme dado el consejo. A Vladimiro debo el conocerla á usted, y Vladimiro es de usted amigo, y, por consiguiente, sabe á qué atenerse respecto de usted. Esto es lo que yo podría pensar. Y si ahora, después de cuanto ha pasado, se me antojara seguir su consejo, le sería á usted muy difícil despedirme como al príncipe; pero aun cuando así usted lo hiciese y todo quedase en su estado regular, yo no mentiría diciéndole mañana á aquél: «Cuando usted ha ido esta noche á casa de la duquesa, yo estaba escondido en su dormitorio y lo he oído todo.» Sería una grosería, lo sé; pero ¿esa grosería no la excusaría de antemano su propia inconsecuencia, señora? ¿y por qué exigiría usted de mí que yo la tratara de una manera distinta á la que usted misma se trata? Por mucho que usted dijese, un hombre escondido á la una de la madrugada en el dormitorio de una mujer, y de una mujer como usted, es el amante de tal mujer. Así, pues, puedo comprometerla á usted contando mañana la verdad, nada más que la verdad, y los rumores pa-

sados abrirán fácil camino al nuevo rumor. Y sin embargo, no somos nada el uno del otro, le doy á usted la mano como se la daría á un hombre, y la apellido á usted *señora* como si en torno de nosotros hubiese multitud de personas. ¿Qué prueba eso? que en el transcurso de su existencia ha cometido usted qué sé yo cuántas imprudencias del mismo género, que, al parecer, no debían acarrear consecuencia alguna, y las *acarrear*on... ¿Es verdad?

—Es verdad, contestó la duquesa... ¡Oh! ¡qué propio de usted es este lenguaje!... Mire usted, ya no lloro; pero todo se lo contaré á usted, y verá cómo no soy tan culpada como parezco.

—Pues bien, señora, es menester que se detenga usted en ese camino, ya que todavía es tiempo. Después de haberla alentado á usted en esa vía, la sociedad, siguiendo su táctica ordinaria, la hostigará. Tras las impertinencias privadas, como la de esta noche, vendrán las impertinencias públicas, créalo usted... No dé usted semejante satisfacción á la sociedad envidiosa, celosa y corrompida que la está acechando á usted; haga que la preceda y proteja su dignidad, sin que se vea usted en el caso de llamarla en su auxilio como ha hecho hace poco. ¿Verdad que es singular que un hombre de veintiséis años le dé á usted tal consejo, y se lo dé en momentos como los presentes? Para ello hay una razón, razón que me callo por ahora, pero que se la diré más adelante. Entretanto vale la pena seguir el consejo, sea cuál fuere la razón que lo inspira.

—Lo seguiré, lo seguiré, se lo juro á usted, me dijo la duquesa, rogándome con la mirada que diese yo crédito á su juramento; y con el entusiasmo de los caracteres francos, añadió: Usted va á ayudarme, ¿no es verdad? Ya existe en mí algo bueno; amo á mi padre, á mi bueno y excelente padre; le amo hasta la adoración. Luego, con acento inefable, á la vez que de coquetuelo mimo lleno de sinceridad graciosa, continuó: y cuando cometa yo alguna indiscreción, amenácame usted con decírselo á él, y verá usted como otra vez me vuelvo dócil.

La duquesa, al pronunciar estas palabras, me miraba de pies á cabeza y se sonreía con confianza y ternura.

Ve de qué manera puede un hombre acercarse á una mujer por las hermosas y amplias vías del corazón. A mí se me llenaban de lágrimas los ojos, y los fijaba con amor en

aquella joven, mientras pugnaba por salir de mis labios una frase que yo no quería pronunciar aún.

—Conque ¿quedamos de acuerdo? profirió la duquesa.

—En todo cuanto usted disponga, respondí.

—¿Vendrá usted á verme?

—Todos los días.

—¿Me dará usted consejos?

—Sí, señora; pero le advierto á usted que voy á ser muy exigente.

—Mejor.

—Le vedaré á usted que asista á los bailes...

—Me fatigan.

—Que pierda usted las noches...

—Lo cual me daña.

—Y ciertas visitas.

—Que me aburren. ¡Oh! de todo corazón le ruego á usted que ejerza sobre mí todo su imperio; ordéneme usted, castígueme, y, si es menester, maltrátame. Estoy fatigada de ser yo siempre la señora, de verme aplaudida sin cesar. Conozco que soy mujer de esas que necesitan ser dominadas, que mi fuerza no está en mí, sino en los otros.

—Usted olvida, señora, que una mujer de la edad y del carácter de usted no se deja dominar más que por un solo hombre.

—¿Cuál?

—El hombre á quien ama.

—¿Y qué? replicó la duquesa mirándome y sonriéndose.

—¿Y qué? repuse, para hacer converger á mí el final de aquella tímida frase.

—Me ha prometido usted volverme discreta; si obro mal, culpa será de usted. Así, pues, en sus manos me pongo, á usted me confío; ya no me pertenezco; disponga de mí como más bien le parezca.

—Entonces, adiós.

—¿Cómo, adiós!...

—Sí, señora, me voy.

—¿Pero eso es una locura!

—Acaban de dar las dos.

—¿Y qué importa?

—Lo que para el príncipe era un inconveniente debe también serlo para mí.

—No, señor; ante todo el príncipe no es usted; el príncipe

no es ni ha sido nunca mi dueño. Además, el príncipe no estaba convidado á cenar conmigo: luego la inconveniencia la cometeria usted marchándose.

—Bueno, mas para poner en práctica desde este instante el convenio que acaba usted de admitir, para entrar francamente en la nueva vía, para que mi autoridad tenga derecho y valor, es preciso que ni por una sola vez sea yo cómplice de una imprudencia, y sería tal si usted me retuviera aquí. La cena se prolongaría á lo menos dos horas; serían las cuatro cuando yo saliese de la fonda, y mañana todo París lo sabría. ¿Le parece á usted que me encontraría yo entonces en situación de echarla sermonicos?

—No hay que hacerme muy dificultosos los principios, replicó la duquesa con gesto encantador; de lo contrario me desalentaría usted de buenas á primeras... Quédesse usted, se lo ruego, á menos que usted no hubiese echado la cuenta de que la cena habría terminado á las dos y no se haya comprometido para esa hora. Si es así no le retengo.

—Estoy completamente libre.

—Pues quédesse usted; vamos á enterrar lo pasado y á dar principio á lo porvenir. No puede haber nada más inocente. La duquesa llamó, y después de ordenar al camarero inglés que acudió al llamamiento, que sirvieran la cena en el sitio mismo en que estábamos, repuso:

—Tendremos un testigo que podrá verlo todo y no entender palabra; no comprende el francés: lo cual son dos garantías más.

¡Qué hermosa estaba la duquesa, con sus ojos más brillantes y sus mejillas más sonrosadas después de haber llorado!

VI

Nos sentamos á la mesa. ¡Qué cena aquella! La duquesa tenía pequeñas manías que necesitaban de toda su gracia para no parecer ridículas; no bebía más que oporto, y sólo un vaso; no comía sino panecillos ingleses, que le servían en un saquito, y únicamente tomaba los del centro. Además, comía con un cubierto propio, un pequeño cubierto de plata, al que, en comiendo, metía en un estuche de piel de zapa. Por esas ligeras confidencias, que, por otra parte,

se hacían de suyo, llegó la duquesa á las demás. La mesa estaba junto á la lumbre, y en ella habían colocado anticipadamente todos los platos que debían componer la cena. Aquella mesa era pequeña, redonda, familiar. El reloj iba sonando las horas íntimas y tranquilas de la noche; el camarero, silencioso, incapaz de comprender una palabra de cuanto ella y yo hablábamos, nos servía como pudiera haberlo hecho un espectro. ¡Qué cena aquella! repito. Antes de terminarla, la duquesa despidió al camarero, no obstante no molestarnos lo más mínimo, y á poco, sin saber cómo, naturalmente, me encontré sentado en el taburete en que ella posara sus piecitos, y con los ojos y los oídos fijos en ella. ¡Qué hechizos tenía aquel comienzo de intimidad! Todo iba contándomelo la duquesa, todo, sin disfrazar poco ni mucho la verdad; lo que me refería era esa eterna historia del corazón, siempre la misma, y de que todas las mujeres del mundo que del corazón han sufrido creen haber pasado por la más dura prueba. Casáronla á los diez y ocho años, es decir, hace tres, con un hombre á quien no amaba, y oponiéndose á que lo hiciera con el elegido de su corazón. Éste era pobre, aquél era dueño, ó debía serlo más ó menos tarde, de una cuantiosísima fortuna. A esta falta de amor, independiente de su voluntad, el duque unía otras razones personales para que en aquella boda concurriesen, desde un principio, las más desastrosas condiciones; no sólo no amaba aquél á su mujer, pero ni siquiera á mujer alguna. Ostentaba el duque un apellido ilustre, tenía talento, era joven aún y figuraba entre lo más granado de su tierra; ello no obstante, arrastraba una vida embrutecida y lo comprometía todo en las fatigas del juego, las más enervadoras, bajas y vergonzosas. Comprendo la palidez y hasta el anonadamiento que se originan de las orgías y del amor de las mujeres, pues en el fondo de ellos hay una energía que los realza, un resultado que los poetiza y una causa que los disculpa; el alma encuentra en los mismos, y por un momento su parte; todos los sentidos han oficiado en ellos: los ojos, al ver formas hermosas; las manos, tocándolas; los oídos, escuchando frases de amor; la boca, saboreando sin discernimiento el vino y los besos; el olfato, aspirando el concentrado y múltiple aroma de las flores, de las frutas y de las mujeres. Pero la palidez adquirida sobre el tapete verde y de la que es reflejo; los párpados abrasados y en-

rojecidos por la mirada siempre fija; las espaldas encorvadas por la tensión de la cabeza hacia un solo punto; el temblor nervioso nacido de emociones que deben ocultarse; esa orgía muda en las regiones inferiores del alma; ese concubinato monstruoso y estéril de un hombre y de un naípe, para mí como para toda persona sensata, y con mucha más razón para la que de él debe sufrir las consecuencias, es una de las cosas más repulsivas que existen. Y, sin embargo, el duque, pese á no tener más que treinta y cuatro años de edad, no podía sentir inclinación más que á eso. Precoces calaveradas y enfermedades inexorables le habrían hecho un hombre peligroso en amor, si no hubiesen resuelto más sencillamente convertirlo en un hombre inútil. Todo estaba muerto en él, menos la sed de dinero y la pasión del juego. Mira, allí está, es aquel sujeto rubio con patillas y bigote á la inglesa, que se encuentra en la penumbra del palco de la duquesa. Desde aquí puedes ver cuán pálido está; pero, digo mal, la suya no es palidez, es el color plomizo que da la sangre depurada á fuerza de metales. La mirada de ese hombre, en otro tiempo era suave y digna; hoy, si lo vieses de cerca, advertirías que tiene vidriosos los ojos, arrugados los párpados, desdentadas las encías, caído el labio inferior é incapaz de proferir una palabra enérgica ó de dar un beso nervioso; mira con atención á ese hombre que en este instante está conversando y riendo: parece un hombre de mundo, y lo es; pues bien, al salir del baile irá á embriagarse con mozas del partido que recobrarían su virginidad á ser sus amantes; irá á perder tres ó cuatro mil duros, y mañana, tambaleándose, pálido, hecho una uva, entrará en casa de su mujer y le tomará diamantes para satisfacer sus deudas de juego, que es como suele pagarlas. ¿Qué podía ser una mujer con semejante marido? Y, sin embargo, hasta entonces, la condescendencia de ese marido libertino, la libertad ilimitada en que dejaba á su mujer, habían producido un efecto diametralmente opuesto al que era de esperar. La duquesa, que, en su dignidad, se hubiera rebelado contra toda tiranía, se empeñó en no tener nada que echarse en rostro á sí misma, se obstinó en cumplir con sus deberes, única manera de conservarse fiel al hombre á quien amara y al cual no debía volver á ver nunca jamás. Pero llegó día en que el hombre á quien la duquesa no desesperó de encontrar tarde ó temprano,

dejó de existir, quien dice por causas fortuitas, quien por su propia voluntad. Al saber la muerte de su amado, lo primero que determinó la duquesa fué retirarse del mundo; pero á ello, como es de suponer, se opuso su marido. Entonces ella intentó olvidar arrojándose en medio del bullicio; y por una de esas reacciones tan frecuentes en las mujeres, si antes no se dejaba ver en parte alguna, cayó en lo contrario, y como desde aquel momento le faltó el apoyo de su vida correcta, vaciló. Por un instante dudó de Dios la duquesa; entonces fué cuando se entregó á los devaneos que ya sabes, devaneos puramente externos, porque no puede citarse un hecho concreto, real, respecto del particular, ni ninguno de los que la fama señala como sus amantes se atrevería á afirmar que lo ha sido. No es mujer la duquesa para darse á medias, ni podrá ya amar lo suficiente para dar por entero su corazón; esto sin contar que es de estirpe demasiado pura para entregarse á un hombre á quien no amara. Tuve, pues, razón al decirle que no creía en el mal que de ella me habían hablado, y sabía ya á qué atenerme respecto á lo que tan á la ligera se propala de nuestras damas más encumbradas. ¿Te sonríes? Adivino qué estás pensando: que tengo interés en ensalzar á las mujeres de elevada alcurnia porque amo á una de ellas. Estás en un error, amigo mío; siempre que he oído atacarlas las he defendido, y créeme, no caigas nunca en las extravagancias de ciertos noveladores que, para conquistarse lectores y hacerse aplaudir por ruines celosos y un vulgo siempre dispuesto á atacar una clase social de que él querría formar parte, mojan su pluma en el pecado de una de esas mujeres y lo pregonan en letras de molde, falseando de esta suerte el oficio de escritor, no otro que el de proteger á los débiles. Por otra parte, quiero y defiendiendo á todas las mujeres; valen más que nosotros, tanto, que á la naturaleza nunca se le habría ocurrido encargarnos á nosotros las difíciles obligaciones que á ellas. Si las mujeres hacen mal, la culpa la tenemos nosotros; y, cuando viene el castigo, lo que las pobres expían es nuestro orgullo, nuestro egoísmo, nuestra crueldad. ¿Qué más quieres que te diga? la duquesa es una de las mujeres de quien más cosas he oído contar; y, no obstante su encumbramiento, á no ser su clara inteligencia y su mordacidad, se le hubieran cerrado muchas puertas por las cuales pasan, sin embargo, faltas mucho más

graves que las suyas. Pues bien, heme convertido en el confidente de lo pasado de esa mujer, en la que he leído como en un libro abierto; todo me lo ha confiado en uno de esos momentos en que el corazón de la mujer se explaya sin rebozo ni reticencias, libre y candorosamente, y, te lo repito, en toda su vida no hay absolutamente lo más mínimo que yo pueda echarle formalmente en rostro, yo, su amante, es decir, el más severo é inflexible de sus jueces. No obstante, le he abultado el mal cometido, y ella me tiene por dechado de bondades al ver que la amo después de todo cuanto ha hecho; son sus palabras mismas, y con frecuencia me las ha repetido. Cuando conocí á la duquesa, ya empezaba á darla fatiga la ruidosa reputación que la acompañaba á todas partes. Con todo eso, aquel modo de vivir había arraigado en ella algo así como una necesidad, y, como todas las mujeres, no podía salir de tal estado si alguien no le tendía la mano. Ignorando, pues, quién era yo, como lo ignoraba, había empeñado conmigo, de buenas á primeras, una de sus acostumbradas coqueterías, como hiciera luego con el principito, quien, como has visto, las tomó muy por lo serio; pero esa hermosa y noble mujer conoció que pisaba un terreno blando, que su alma se había empeñado en una partida que era imposible defenderla por espacio de mucho tiempo, y, sin saber adónde iría á parar, pero comprendiendo que iba acompañada de un hombre recto, entró prontamente conmigo en la vía de las confianzas y de las expansiones íntimas, y solicitó de mí, y con toda franqueza, mi apoyo. Dejamos á un lado chanzas y ficciones, y no quedamos más que dos almas amigas y simpáticas. El primer amor de la duquesa tenía aún bastante influjo, cuando se le refrescaba en la memoria, para tender un ligero velo de melancolía sobre su hermosa frente y arrancar una nueva lágrima á sus divinos ojos; pero por sí solo no podía llenar aquella alma ya más exigente; de ahí que, como ella misma me confesara, intentara amar por segunda vez. Ello no obstante, la duquesa conservaba un recuerdo religioso y santo de aquel niño, y tal le llamo porque, de vivir aún, entre los dos apenas tendrían cuarenta años. Lo único que había era que la duquesa debía comprender antes de poco, si ya no lo comprendía, que el amor primero, tierno como las primeras hojas de abril, fresco como el rocío y fragante como las flores, pasa como el aroma, el rocío y las

hojas. Todas las mujeres han sentido ese amor y ninguna ha parado en él; sólo les ha servido para ejercitarse y prepararse á más formales amores. La tumba había poetizado algo el primer amor de la duquesa, y debía á la muerte el haber vivido tanto tiempo. Así, pues, para el marido de esa mujer, á ser digno de ella, habría sido una victoria fácil y provechosa el consolarla de tal recuerdo, al par que respetándolo como merece ser respetado todo lo inocente, y hacerla converger poco á poco al amor que, obedeciendo á la naturaleza, debe sustituir al primero. Se ha dicho hasta la saciedad, y se repetirá en vano, que son grandemente culpados los padres que casan dos fortunas, dos apellidos, dos condiciones, sin ocuparse en la persona. La duquesa, pues, á pesar suyo se sentía impelida á necesidades nuevas, á revelaciones que para ella habían permanecido desconocidas. ¿Era yo el hombre destinado á recibirla al umbral de esa nueva existencia? ¿yo quien la acompañaría en el nuevo camino que iba á emprender? El modo como la duquesa me hizo desde luego depositario de sus más íntimos pensamientos y me interrogó sobre la singular labor que se estaba operando en su alma, convencióme de ello. ¡Qué noche más grata aquella! En realidad, la duquesa ya me pertenecía, y estoy seguro de que tras aquella confianza íntima, y á mi primera tentativa, sin advertirlo, hubiera accedido á todas las exigencias de mi amor; pero aquel sentimiento quizá no habría subsistido, y lo que yo quería de aquella mujer era su alma, su pensamiento, todo el bien que yo descubría en ella, todo el amor que, andando el tiempo, en ella debía cobrar vida, no la vulgar expansión de los sentidos sorprendidos en un momento de flaqueza. Yo la escuchaba inundándome de aquella voz suavísima, extraña para mí no hacía aún veinticuatro horas, y cuyo son, desde aquella noche, iba á vibrar constantemente en mis oídos. ¡Ah! yo estrechaba entre las mías sus manos, mientras mi alma iba de mí á ella y volvía á mí cada vez más dichosa, más rica, más enorgullecida. En lo pasado de la duquesa tuve la suerte de haber desempeñado un papel, como me dijo ella, papel que hubiera sido por demás modesto á no habernos el acaso reunido en aquellas excepcionales condiciones, y aquel papel se reducía á haberle parecido á la duquesa, en los comienzos de su primer amor, preciosísimo el primer vals que bailara con su amado y haber rogado á éste que

se le proporcionara para tocarlo juntos los dos, como lo hicieron con frecuencia. Aquel vals era mío, y quedó fijo en su recuerdo como el eco armonioso de los días dichosos de su existencia.

La lumbre se había apagado, la luz de las bujías palideció, y asomó la aurora; de consiguiente, era necesario que nos separásemos.

—Adiós, le dije.

—No, adiós, no, me replicó la duquesa; hasta la vista; vaya usted á tomar un poco de descanso y vuelva durante el día; no recibiré á nadie más que á usted.

Fuíme cuando ya el sol iluminaba con todo su esplendor cielo y tierra, y al pasar junto á los camareros de la fonda, éstos cruzaron algunas sonrisas y me miraron con extrañeza y curiosidad. En efecto, aquella salida matinal era para levantar ciertas sospechas; pero entregado como estaba en cuerpo y alma á otros pensamientos, no me preocupé con lo que aquéllos pudiesen decir.

Toda lucha era ya inútil, amigo mío, y, por otra parte, para nada habría aprovechado, toda vez que en mí se había despertado un verdadero amor. Olvidéme completamente de Carlota; y en cuanto á mis combinaciones, á mis planes y á mis teorías, todo había volado durante las horas venturosas de aquella noche. La duquesa era mi único pensamiento, le pertenecía en absoluto, podía disponer de mí á su antojo; en una palabra, te repito que amaba, y esta voz no tiene dos significados. Ya en la calle, levanté los ojos y la ví en su ventana, sonriéndose y enviándome con graciosos movimientos de cabeza su postrer adiós. ¡Qué hechizo debía asumir el verse amado de aquella mujer! El sueño no me apremiaba, te lo aseguro, así es que me paseé hasta las nueve, á cuya hora me encaminé á casa de Vladimiro, que debía estar ya levantado; y me encaminé á casa del ruso, porque era el único con quien me era dado hablar de la duquesa y aun me era menester hablar de ella.

—No dirá usted que no soy amable, profirió Vladimiro al verme y con gesto de satisfacción no fingido.

—¿Y eso?

—¿Qué he hecho esta noche? ¿No me he portado como verdadero amigo al dejarle solo donde debíamos estar dos? Habrá usted aprovechado bien el tiempo, ¿eh? Ea, cuénteme usted lo que ha pasado.

Ya no era de aquella suerte como debía hablarme de la duquesa; así es que repliqué en tono algo frío á Vladimiro:

—En efecto, se lo agradezco á usted, pero nada tengo que contar.

—Sin embargo, deben ustedes haber dicho algo.

—Es natural, hemos conversado.

—¿Sobre qué?

—Sobre cuanto puede hablarse.

—¿Y sobre nada más?

—Sobre nada más.

—Usted se chancea.

—Supone usted mal.

—La discreción es una de las virtudes más hermosas, replicó Vladimiro algo amostazado.

Pero el ruso no era hombre para que uno pudiese arriesgarse á hacerle confidencias de sus impresiones íntimas; mas, como á él le debía el conocer á la duquesa, y, en definitiva, como aparte de comprometer á aquélla de obstinarme en no decir absolutamente nada hubiera sido casi una ingratitud en mí el mostrarme excesivamente receloso de un amigo común, determiné contarle lo que buenamente podía ser referido.

—Sólo hay discreción allí donde hay un secreto, argüí, y, por desgracia, puedo contar cuanto ha pasado esta noche. Al llegar á la fonda, la duquesa aun no se había recogido; luego le hemos estado aguardando á usted, hasta que, cansados de aguardarle, á las dos hemos cenado, y en cenando hemos conversado; nada más.

—¿Y á qué hora ha salido usted de la fonda?

—Esta mañana.

—¿Y dice usted que...! Ea, esta no cuela.

—Doy á usted mi palabra de caballero de que para la duquesa no paso de ser lo que era cuando aun no la conocía; por otra parte, ya sabe usted que, pese á cuanto dicen de ella, no es mujer tan ligera como eso. Oiga usted, Vladimiro, no me hable usted más de la duquesa como acostumbra usted á hacerlo, si es que para ella y para mí conserva todavía alguna amistad; es un favor que le pido, y á más, como amigo tiene usted el deber de obrar cual solícito.

—¿También cree usted en las paparruchas de Anita y poner fe en su virtud! Bien, bien, continúe usted por esta vía, ya tiene tela cortada para rato. ¿Quiere usted que le diga una

cosa? pues sepa usted que antes de ocho días nos habrá indispuerto uno contra otro á usted y á mi, pues tiene capricho por usted; como ve que usted lo toma por lo serio, hará todo lo imaginable para alejarle á usted de mí que sé la verdad; luego saldrá de París, dejándole á usted plantado, y entonces vendrá usted á decirme que me asistía la razón. Y si no, al tiempo.

Un amigo verdadero no habría hablado con más tino; las palabras del ruso produjéronme un efecto terrible, me abrieron en el corazón un helado agujero; sentía que mi amor iba á tener en aquel hombre un adversario, y que si le veía con frecuencia envenenaría todos mis gozos.

—La duquesa no nos malquistará, repuse; ni lo desea, ni podría. De usted habla afectuosamente, y, á mi entender, merece el apoyo de todo hombre, máxime de un hombre de quien habla como habla de usted. Usted me ha contado hasta la saciedad que en un tiempo estuvo usted perdidamente enamorado de una bailarina, y que podía usted afirmar que aquella bailarina le había guardado fidelidad. Ahora bien, ¿se me ocurrió querer desengañarle á usted? No, pues todo es posible. Créame usted, amigo mío; cuando un hombre de mundo ha amado á una mujer de teatro ó á una concubina, para halagar á su amante y para disculparse á sus propios ojos acostumbra á denigrar á las demás mujeres en provecho de aquella á quien ama, y á decir que las mujeres encumbradas son más corrompidas que las cortesanas; es uno de esos antiguos dichos á los cuales el interés de los unos, la maldad y la necesidad de los otros, y de tiempo en tiempo una prueba aislada han dado una falsa verosimilitud; pero tiene usted demasiado buen sentido para convertirse en eco de ellos, sobre todo ahora que se ha entibiado algo el amor que llevaba usted á su dama tras las advertencias de su bolsillo. Sea usted, pues, amigo de la duquesa, como es menester que lo seamos de las mujeres, para defenderlas, y haga usted por ella lo que, llegado el caso, haría ella por usted.

Esto es lo que repliqué á Vladimiro, que, al parecer, aceptó buenamente mi lección.

—Nunca he hablado de Anita de otra suerte que ella lo hace de sí misma, me dijo el ruso; pero, tiene usted razón, á los amigos corresponde amar á las gentes más que las gentes se aman á sí mismas. Por otra parte, basta que eso le sea á usted grato para que yo lo haga.

Dichas estas palabras, Vladimiro me tendió la mano, no sin dejar traslucir en su voz y en su mirada cierta compasión reprimida. Yo estreché la mano que aquél me tendía, y nos separamos.

Mi precipitación en rechazar de antemano cuanto Vladimiro podía decirme aún, no nació únicamente de mi afecto sincero por la duquesa, no; también era causante de ella el temor de ver desvanecidas mis ilusiones ante una prueba que aquel hombre, relacionado con aquélla hacía mucho tiempo, quizás tenía en sus manos. Como ves, mi convicción apenas acababa de nacer, y, débil aun, vacilaba al primer soplo. Los hombres somos así, sobre todo de cincuenta años á esta parte; nuestro espíritu ha endulzado una leche agriada por el escepticismo del siglo XVIII: ya no osamos á creer del todo que no nos atrevemos á dudar en absoluto, y tropezamos incesantemente en nuestro corazón y nuestro raciocinio. La fe ciega que determinaba en otros tiempos las grandes abnegaciones, las grandes acciones y los grandes amores, ha desaparecido; nuestra inteligencia nos ha agobiado el alma, como el alma venciera al cuerpo, y la ha obligado á no amar y á no creer sin previo análisis y disección; actualmente, la una necesita la autorización de la otra, so pena de duda, de pesadumbre y de ridiculez. Todos los hombres llevamos hoy en el alma un grano de esa triste simiente desparramada á manos llenas en toda la haz de la tierra por nuestros últimos filósofos, y cuando menos pensamos aquella simiente germina sordamente. A pesar de lo que respondí á Vladimiro, salí de su casa menos venturoso que al entrar en ella; la convicción del ruso parecía tan firme y arraigada, que me sentía mal después de haberle visto nuevamente, y le llevaba ojeriza, porque de buenas á primeras no había adivinado y respetado mi modo de sentir; y al par que resolví no renunciar á mis ilusiones, hice propósito de adquirir nuevas pruebas para afianzar mi confianza. Añade á lo expuesto los imprevistos sucesos de aquella noche, sucesos que casi me atrevo á calificar de inverosímiles, y comprenderás que, fatigado como estaba, además, por la vela y las emociones, todo tomara en mí cerebro las formas fugaces y engañosas de un sueño. Recogíme, pues, descansé un rato para restablecer el equilibrio en mis facultades, y me desperté á la hora en que tenía por costumbre encaminarme á casa de Carlota; pero no fui á ver

á ésta, pues sólo el pensar en verla me sublevaba, sino que me dirigí en derechura adonde no necesito decirte. En el instante en que, seguro de que me estaban aguardando, puse el pie en el primer peldaño de la escalera, un camarero vino á mi encuentro y me entregó un papel doblado, y que contenía únicamente estas palabras: «Me es imposible recibirle á usted en este momento; venga usted á las siete de la noche y hablaremos largo y tendido, pues tengo mucho que contarle.» Aquel billete, mentís casi súbito á las promesas de la víspera, me amargó y recordóme la sonrisa burlona de Vladimiro. «¡Ya!» dije entre mí, y sintiéndome herido en mis sentimientos y en mi amor propio. ¿Por qué no me recibía? ¿Quién estaba en su habitación? ¿Luego no me lo había dicho todo? Tal era el círculo de preguntas turbadoras á que yo daba vueltas al regresar, lleno de tristeza, por el bulevar. Entonces comprendí la honda pena que podemos sentir al no ver á una persona amada á la hora en que contábamos verla, y ese sentimiento de compasión me condujo á casa de Carlota á la hora en que ésta me estaba aguardando. Yo estaba desapacible, convulso, silencioso; y al preguntarme ella qué me pasaba, pretexté la preocupación de un trabajo dificultoso, y aun añadí que por espacio de muchos días aquel trabajo me retendría en mi casa y me impediría verla con frecuencia. Á todo evento me sembré un poco de libertad.

—Trabaje usted, me dijo Carlota; yo me quedaré aquí á leer, y cuando pueda usted disponer de un minuto venga á verme.

La verdad es que, en resumidas cuentas, nada tengo yo que echarle en cara á Carlota: era buena y cariñosa; adaptaba su vida á las exigencias de la mía; pero el corazón es quien manda.

Á las siete me volví á casa de la duquesa, y la encontré sentada y leyendo, pero á punto de salir á la calle.

—No tengo yo la culpa, me dijo respondiendo al reproche de mi primera mirada; cuando ha venido usted estaba aquí mi cuñada, y, en conciencia, no me era permitido, ni para usted ni para mí, el hacer que se encontrara usted con ella, que, de haberle visto á usted, habría adivinado lo que yo deseo que ignore, no porque la tema, sino porque hallo gusto en hacerla rabiar. ¡Figúrese usted que ya andan chismes de por medio!... El necio del principito, al marcharse esta

noche corrido de mi mal recibimiento, ha dicho al camarero: «¿Por qué me ha dejado usted entrar si la señora no recibía?» Á lo que el camarero le ha replicado: «Usted dispense, creí que era usted la persona á quien la señora estaba aguardando.» Ya puede usted imaginar el embobamiento del principito. El cual, aunque sin malicia, todo se lo ha contado hoy á la baronesa, que ha venido con sus ínfulas de virtud, que le cuesta muy poco defender, pues nadie la ataca, para decirme que en ausencia de mi marido ella debía velar por mí, que esperaba que yo no renovarí los escándalos que he dado en todas partes, y otras muchas cosas nada corteses, y ha terminado preguntándome á quién había recibido yo por la noche. Yo le he replicado que nada le importaba, y como libre que soy de mis acciones, no tengo que dar conocimiento de ellas á quienquiera que sea. Mi cuñada se ha marchado hecha una furia y desatándose en amenazas, y yo me he reído grandemente. Ahí tiene usted explicado por qué no le he recibido. Ahora, ¿no es verdad que nada tiene usted que hacer esta tarde? Pues se viene usted conmigo: he mandado por un palco á un teatro del bulevar, en el que, según tengo entendido, dan una pieza magnífica.

La duquesa me tendió la mano, llamó, pidió su coche, y encaminándose á la puerta, me dijo:

—Venga usted, quiero ver el principio de la función.

VII

Nos subimos al coche de caballos blancos, y partimos. Durante el trayecto, que es bastante largo, no cruzamos una docena de palabras. Ella me había abandonado su mano y los dos estábamos imaginativos, puede que pensando en lo mismo; y digo esto, porque cuando el lacayo abrió la portezuela, sin que hubiésemos uno ni otro advertido que nos encontrábamos ya al final del camino, la duquesa cruzó conmigo una sonrisa, y nos estrechamos ligeramente la mano, como si hubiese llegado el instante de despedirnos. Entramos en un cubillo oscuro é impenetrable á la mirada, y mi compañera se sentó al antepecho y escuchó de cabo á rabo la pieza. El placer, la emoción y el interés se traslucían en su semblante, del mismo modo que las nubes se reflejan en un lago. La duquesa estaba gozando de veras.